



que a lo mejor y a causa de sus protestas — porque “la tuerta”¹, tan pagada como estaba de sus dotes de mujer intratable y madre muy pero que muy leona, vivía absolutamente convencida de que por no soportar sus monsergas y las retahílas de lamentaciones en las que se prodigaba enumerando todas las desventuras que había echado Dios sobre sus pobres espaldas se terminaría haciendo lo que a ella le gustase — se le terminara dando a su hijo el puesto mucho más lucido de aquel don Astolfo con el que siempre había soñado en la creencia, no por completo refutada pero aceptada de mala gana y con muchas reservas, de que había sido un señor con perilla y bigote ataviado con un traje que, pese a estar un poco pasado de moda, le confería un cierto empaque con aquella calidad que se veía tan buena y su rayita muy fina y, enfatizaba ella, “muy diplomática”.

¹ Que no lo era en propiedad; pero para entendernos.